

Nadie en la Iglesia se ha inventado el domingo. Ésta lo ha recibido como un don. El domingo toma su origen y razón de ser en el acontecimiento de la Resurrección de Jesús. Desde los tiempos apostólicos, la Iglesia no ha cesado de congregarse para la reunión semanal de la Eucaristía.

Un autor anónimo oriental de la época patrística llama al domingo el señor de los días; y antes, el Apocalipsis (1,10) el día señorial: *He Kyriaké hemera*. Los cristianos griegos de la primera generación le dan el nombre de *Anastásimos*: ¡Día de la Resurrección! Otro autor del siglo III dice: *en todo lugar y en todo país los cristianos se reúnen desde los orígenes para celebrar el domingo* (Felipe, discípulo de Bardesanes de Edesa). Es nuestro día, exclama San Jerónimo. Para celebrar la Eucaristía —dice San Ambrosio— hay que penetrar en el misterio del domingo. El domingo, insisten los cristianos griegos, es el día de la anamnesis, memorial, o sea: lo que aconteció en el pasado acontece en la reunión de la Iglesia, puesto que nunca se consideró como un mandato de práctica individual el domingo, sino como una gracia de la que es beneficiaria la Congregación o Iglesia toda. Para los cristianos de los primeros siglos, decir domingo es decir Jesús ha sido constituido Señor y está de nuevo, mediante la Eucaristía, con sus discípulos. Día para encontrar y recibir al Señor Resucitado es, pues, el domingo. El domingo es desde los tiempos apostólicos, la celebración más importante de la Iglesia.

En la experiencia cristiana de la primera generación creyente Pascua, Eucaristía y Domingo constituyen un todo único e inseparable. Para aquellas mujeres y aquellos hombres el domingo era sacra-

mento semanal de nuestra salvación. Por encima de todo, un día simbólico: el día de la fiesta y el gozo que no únicamente recuerda sino que hace presente en medio de los discípulos al amigo Resucitado. Según San Justino, hacia la mitad del siglo II, el día que se llama “del sol” se celebra una reunión..., se leen las Memorias de los Apóstoles o los Escritos de los Profetas..., el presidente hace una exhortación..., seguidamente nos levantamos todos y elevamos nuestras preces..., se ofrecen pan, vino y agua..., el presidente eleva a Dios plegarias y acciones de gracias..., todo el pueblo aclama: Amén... Después viene la participación de los alimentos consagrados por la acción de gracias... Los que tienen y quieren dan lo que bien les parece para socorro de huérfanos y viudas... Continúa San Justino pro-

fundizando en el simbolismo del domingo y dice: es el día primero, pues se celebra en él la creación y el día último porque acogemos la presencia en la comunidad de Jesús Resucitado y todo esto acontece y tiene lugar gracias y por medio del Sacramento de la Eucaristía. Por la Eucaristía, Cristo se hace presencia creída y celebrada; y la causa de esta presencia es la Pascua. Sin Pascua no hay presencia, y sin presencia no hay dimensión de gozo ni experiencia de salvación. La Eucaristía del domingo es el momento más solemne y trascendental de la semana, por ser el medio de hacer presente a Cristo en el tiempo de los hombres.

Todos los ritos bien desarrollados no «hacen» nada si no está dentro de ellos el hombre: el hombre-hombre y el hombre cristiano. Es cierto que la cultura actual resta

cada vez más importancia a la dimensión ritual y simbólica, y será necesario, para recuperar el domingo cristiano, redescubrir lo simbólico y ritual como que lo que estas mediaciones son: andamios, pero no edificio fundamentado y fundamental; acueducto, pero no agua.

Sin embargo, eso no quita que no debamos valorar lo ritual y simbólico y evitar el exceso de palabras, explicación y catequesis con que se suelen presentar nuestras celebraciones.

El domingo celebra el final de la creación. Al domingo hay que llevar, pues, toda la creación y celebrarla. Entrar, o sea, en el corazón de las cosas y quedarnos extasiados ante la maravilla de todo cuanto ha salido de las manos de Dios, pues, sabemos que Dios creó todo para que Jesús viniera por ello. Sin Él no se hizo nada de cuanto se hizo (Jn.1, 2-3). Dios, sabemos también, no crea por crear y para crear, sino para salvar. La explicación de la creación es la

salvación. Dios crea para que venga Jesús. Y ¿para qué viene Jesús? Para la Resurrección. Para salvar. ¿Quién se salva? Toda la creación. No es posible que el hombre se salve sin salvar consigo la creación. A cada hombre le suena dentro toda la creación; y la creación no quiere otra cosa que ser salvada. Además, no hay nada que no podamos transformar en eternidad: las penas, las alegrías, todo.

Incluso de una mala situación podemos hacer un milagro. Cuando nos reunimos para el encuentro eucarístico lo hacemos para cantar y celebrar esta alegría. Por eso, la Eucaristía del domingo es una fiesta. La fiesta de la Pascua semanal. Naturalmente, el día que cada año sigue a los de la Semana Santa es el día que echamos todas las campanas de la Urbe y del Orbe al vuelo. Aleluya.

POR CAMPO D'FIORI

La Pascua semanal o el Domingo

Valentín Arteaga



MUJER
HOMBRE
COMPLEMENTOS
de España

MAMUS

KÁHYRA★ROUSS & ROUSS★CELOP PUNTO★AMARTI★NIZA★MARSHARA★CMS★LA BICI★CASER★XKARET
C/ Pintor López Torres, 19 - Tfno. 926 513 492 - TOMELLOSO